

El ligamen al terruño o el espíritu fatalista de una sociedad desplazada: la comunidad chilota en *Vida isleña* (1914) de Darío Cavada

Matías Paredes Zúñiga
Universidad de Chile

“Si alguno entre ellos abandona la Isla, la familia ha de quedar aguardando su regreso; enriquecido o pobre, viejo o enfermo, el chilote volverá para morir sobre la cuja en que su madre le echó al mundo y, amortajado en la cobija que le abrigó al nacer, le meterán a descansar su muerte bajo un metro de tierra, dentro de un ataúd que es como un barco.”

Rubén Azócar, *Gente en la Isla*

La tardía anexión de Chiloé al territorio chileno en 1826, tras firmarse el Tratado de Tantauco, que de paso dio fin a las guerras de independencia, recién significó su lentísima recuperación económica y demográfica, consecuencia del apoyo a la causa realista; hasta 1960 continuó el restablecimiento de aquellos componentes fundamentales, cuando la Isla se integra al flujo económico internacional. Sin embargo, en el tiempo transcurrido de buscar la mejoría de sus condiciones, sea esto, la pobreza que obligó a su gente a sostenerse en una economía de subsistencia, principalmente, y esto debido al aislamiento secular que sufrió desde su colonización en 1553, ha sido de notar la persistencia de este factor colonial que observo constituyó (y constituye) su sustrato de sociabilidad particular, es decir, la Isla, desde su misma posición marginal, abre en sí una comunión de hombres y mujeres tendientes a la generosidad y consideración por el *vecino*.

El tinte tradicionalista de su gente permite sobrevivir los afectos hacia el otro, afectos venidos de un planteamiento colectivo de la existencia y que implica una solidaridad y comprensión de los pesares ajenos. El aislamiento generó,

entonces, tales manifestaciones de no-individuación, siendo tanto tiempo un hecho general la pobreza material de los naturales, sometidos a vista y paciencia al pisoteo de su precaria economía por las inclemencias del clima o por la prolongada incomunicación de la Isla, que limita sus opciones, empobreciendo todavía más al labrador o bien cobrando en media faena las vidas de pescadores o fleteros que naufragan por un mar tormentoso, lo que luego congrega a toda la vecindad en torno a los deudos; el pesar puede recaer sobre cualquiera, y la posibilidad implica la comprensión, empatía inevitable. Sumando el elemento de su sincretismo cultural (español y etnias Chono/Huilliche) por cuanto religiosidad, folclor y mitología, puedo afirmar que, así constituido su carácter tradicionalista, por este mismo comportan las maneras de una sociedad pre-industrial que propende a una comprensión del mundo más armónica para con el flujo unitivo de la naturaleza, que para el caso considero fundada en un sentido de la *miseria* venida del cielo, donde cada cristiano-isleño ha de soportar la carga con que “se le prueba”. Cavada intentó representar este espíritu, el de su gente y terruño.

La *nouvelle* comienza con el traslado de la familia Mella –D. Usebio, doña Pancha y sus hijos Mañuco, Coché Maía, Maica y Lollo– desde Viluco (en los alrededores de Chonchi) hacia Ancud, a bordo de la Esmeralda, luego de haber vendido un terreno que les permitió el cambio de ambiente. El viaje se transforma en un retrato de la lluvia y su fuerte costumbre sobre quienes cae, “Acurrucada la familia Mella con los tripulantes de la Esmeralda, bajo la vela parchada de la nave, hacían tanto caso de los aguaceros como del sultán de Marruecos” (6-7), observa el narrador, preponderando la indiferencia sobre un factor tan arraigado a la esencia de la Isla que de nada vale prestarle mucha atención, más que para evitar la humedad en la pobreza de las casas o cuando se aúna con tempestades de coste fatal. En esto último cobra importancia el momento en que la Esmeralda, casi llegando a la costa del río Pudeto, en Ancud, es tomada por una borrasca que tuvo en vilo a la familia Mella, creyendo no alcanzar la ribera y naufragar por mano del agua turbia. El caserío de Pudeto observó el peligro inminente de la barcaza, y los pescadores, sorprendidos por las ráfagas, se lanzan temerariamente sobre sus pesados botes en auxilio de la familia. El narrador anota: “La jente del pueblo tiene

en inmensa mayoría un corazón generoso y caritativo ante la desgracia ajena, como no lo tiene quizá gran parte de la gente acomodada. Es que las comodidades de la vida hacen a los seres egoístas y duros, y las miserias y estrecheces probadas a diario son escuela de compasión y caridad” (14-15), siendo manifiesta la concepción estimada de un sufrimiento que rectifica el corazón de las gentes, por encima de las que pueden tomarse por delicadezas de una clase social que, habiendo acumulado riquezas, retiró cualquier sentido de generosidad por la dureza que significa volcarse a una visión productiva de la realidad y la vida. La delicadeza es no ensuciarse las manos en socorro de alguien, la dureza es, efectivamente, no socorrerla. El ataque continúa haciéndose patente en el transcurso de la obra, en menor medida contra los ricos nacionales y, para todo lo demás, en lo que incumbe a los extranjeros, sobre todo alemanes, punto que retomaré más adelante.

Ahora bien, principiando Chiloé desde el norte por Ancud, como primer centro urbano considerable y visible, que en aquel tiempo del relato de 1908 figuraba como tierra de esperanzas y mejor vida para la familia Mella que su dejado Viluco, y capital por entonces del Archipiélago, no es difícil interpretar que un ancuditano como Cavada pondere las virtudes generosas de su pueblo y lo haga destino predilecto de sus personajes antes que Castro, por ejemplo, cuya “urbanidad” iba casi a parejas con Ancud. Mas la elección de este pueblo va más allá de preferirlo los personajes por su nombre de capital o por ser cuna del escritor. Ya desde *La Araucana* Ercilla versa precisamente sobre Ancud, refiriéndose a este tras señalar los padecimientos que sus exploraciones sufrieron por las tierras australes:

“Al fin una mañana descubrimos/ de Ancud el espacioso y fértil raso,/ y al pie del monte y áspera ladera/ un estendido lago y gran ribera (...) Luego pues en un tiempo arrodillados/ llenos de nuevo gozo y de ternura/ dimos gracias a Dios, que así escapados/ nos vimos del peligro y desventura:/ y de tantas fatigas olvidados/ siguiendo el buen suceso y la ventura/ con esperanza y ánimo lozano/ salimos presto al agradable llano” (Parte II, C. XXXV, p. 367).

Ancud se presenta entonces como la primera tierra tras el escarpado camino en abrirse pródiga en descanso. Aquí se debe entender el descanso no como Ercilla lo canta, más literalmente como alivio al maltrato físico, sino como yo lo interpreto: suelo firme en trabajo, es decir, más opciones con qué vivir tras el desacomodo que les produce Viluco, ya demasiado rudimentario y estrecho. De esta manera, en cuanto la familia Mella llega a Ancud tras salvar la amenaza del naufragio, cada cual se vuelca a un quehacer que les permita mantener la familia y la casa: Mañuco se hizo pescador, su hermano Coché fletero, D. Usebio entra a una carpintería, la Lollo a un hotel como “niña de manos”, mientras su hermana Maica queda en casa ayudando a su madre en las labores domésticas. El estar ocupado se hace norma para el chilote que ha de subsistir, esto lo habría de distinguir de aquel recriminado propietario de tierras chileno que torna sus fuerzas a continuar produciendo siempre un excedente con la explotación del peón chilote que abandona su Isla en busca de suerte en tierra firme. A este respecto la crítica del narrador es explícita, quien en el apartado de la obra expresa su malestar sobre esta situación, condenando la “costumbre inveterada del agricultor chilote, que en inmenso número descuida sus tierras incultas para irse en pandillas a Valdivia, Osorno, La Unión, a fecundar con el sudor de sus miembros resistentes el suelo de sus burlescos explotadores” (113), explotadores tales que se identifican con los alemanes asentados en las tierras que compraron o igualmente en las fábricas de cerveza que instalaron. Así, el autor dice que busca con su obra, que califica de “ensayo literario”, producir en sus paisanos “el mejoramiento de sus ricas tierras incultas i de sus métodos rutinarios de pesquería, en los fecundos e inagotables fiordos de su poético Archipiélago, para el engrandecimiento de la VIDA ISLEÑA” (115).

Volviendo, las manifestaciones de la congregación insular por aquel sentimiento unitivo halla diversas pinceladas en la obra, partiendo por la Fiesta de la Candelaria, que reúne a cantidad de gente en la playa de Carelmapu, motivo de religiosidad y jolgorio que suele terminar en borracheras y peleas, lo que constituye su hibridez de fiesta cristiana-pagana, confundiendo los himnos sagrados con los cantos báquicos (19); la tradicional *minga*, que se verifica

siempre que un vecino necesita ayuda, sea para construir o techar una casa, levantar un cerco o aporcar el papal, etc. Quienes llegan en su ayuda, los *mingados*, son correspondidos al concluir la tarea con una abundante comida que el dueño de la minga proporciona acorde a sus recursos (71); o en la Fiesta de San Juan, cuya víspera es rica en supersticiones que consisten en averiguar la suerte mediante determinados procedimientos. Son festejos todos que llaman a la concurrencia y al compartimento de comidas, bailes y música alegre, con décimas y romances que, en la obra, un personaje ciego recita al son de su rabel.

Llegados a este punto, creo pertinente traer a cuento la concepción que Spengler tiene del “alma de la ciudad” en su *La decadencia de Occidente*, según la entiende como un *todo conjunto*, una unidad que constituye el objeto de un idioma de formas y de una historia estilística que acompaña en su curso todo el ciclo vital de una cultura (112). Por ende, sólo la ciudad posee la expresión de una historia, y sólo ella constituye cultura al perder el hombre su identificación con el paisaje campesino, buscando en la ciudad reconstruir el campo a su propia semejanza: es la emergencia de la naturaleza artificial. Dicho esto, el aldeano carecería de historia, el chilote, para el caso, constituiría el “hombre eterno” (“esta jente eternamente supersticiosa” (33), comenta el narrador) al tornar hacia el estado natural primario, identificado con la planta: es el símbolo del sedentarismo y funda su visión macrocósmica de la vida, contraria al nomadismo microcósmico que funda la civilización con un espíritu que desprecia estas raíces del alma, a la carrera de todas las posibilidades territoriales e intelectuales (que Cavada condenaba de sus paisanos, por someterse a la burla del explotador y no saber, a fin de cuentas, aprovechar ese impulso renovador para beneficio de sus tierras, cuando *hayan* de volver a la Isla). Luego, esta concepción del alma es para el autor la composición interior de mundos completos, el *alma* de la ciudad es un alma colectiva de una nueva especie, si no se forma dicho mundo interior, el alma no existe, y esto aplicaría para aldeas o campos, retorno primario al estado vegetal. Ahora, no podría estar de acuerdo con esta consideración, que toma la eternización del aldeano como especie de estancamiento o mundo “incompleto” (¿o no hay “mundo”, siquiera?), porque mi posicionamiento es tomar tal

sedentarismo, tradicionalismo chilote que augura eternizarse por más integración económica que comunique la Isla con el exterior, tomar tal carácter vegetativo de visión macrocósmica como un mundo cernido sobre sí; entiendo que Spengler considere al aldeano como sujeto ahistórico, careciendo de cambios evolutivos de índole formal, pero su ausencia de *alma*, composición de un mundo, me es más difícil de aceptar por esta eternización que veo mundo al cabo, regida por la propia inmanencia de su “rigidez”. No veo estancamiento, más bien un flujo ininterrumpido que brilla por su naturalidad.

Así lo considera *Vida isleña*, el carácter de su gente es una resignación que comprende, y la fuerza de la costumbre ha tejido un grueso ligamen con la tierra y el mar (“[El chilote es] Verdadero anfibio que tanto vive en mar como en tierra, hecho a toda prueba contra las náuseas i vértigos” (36-37)), porque es su realidad única e inmediata, espacio donde concierne concebir la vida cual un martirio que se ha de soportar (pobreza y muerte, sobre todo); es ley de la vida y representa un proceso tan claro como que nacemos para morir.

Esto se evidencia a lo largo de toda la obra por la mengua que sufre la familia Mella: Mañuco, el hijo mayor, pierde la vida naufragando en una barcaza que regresaba de la Fiesta de la Candelaria, habiendo avisado a su familia que los alcanzaría más tarde, y en esto destaca el comentario de una vecina: “Nos lleva la delantera. I toos tenemos que seguir el mismo camino no mas” (32); y no son pocas las alusiones al tópico del valle de lágrimas. D. Usebio, jefe de familia, luego de saber muerto a su hijo cae en la bebida y cada día anda peor, hasta que se entera sobre la desaparición de su hija Lollo, quien por atractiva, sea, pizpireta y por el verde de sus ojos y el castaño de su pelo, acabó por culpa de un alemán, cliente del hotel donde trabajaba, en una vida licenciosa, resolviendo entonces marcharse a Punta Arenas sin aviso alguno, por evitar las murmuraciones de su vecindad. Viendo perdidos a sus dos hijos, D. Usebio, ya hinchado de tanta bebida, empeoró en su vicio hasta sucumbir producto de una pulmonía. Más tarde la familia recibe desde Punta Arenas una carta de alarma sobre la desaparecida Lollo. Viajan, y en un hospital de aquella ciudad ven a la hija desfallecer y dar a

luz a una criatura que vive quince días, en cuanto se recupera es asediada por austriacos que la demandan por su fama y vuelve a caer en cama sólo para agonizar y morir.

Hecho este apretado recuento cabe observar, primero, la enfática culpa que se dirige contra el extranjero, cual una fuerza negativa implacable, representante, a mi ver, del recelo por el foráneo que penetra la Isla y humilla a su gente por su incapacidad (que debiese ser naturalidad) para administrar su tierra inculta: esto sería la deshonra de la Lollo, contrapuesta a una administración certera y cuidadosa como es la prudencia de su hermana Maica, que suele caracterizarse con enfáticas palabras para aludir a su honradez¹. Segundo, la bondadosa Maica y su madre, doña Pancha, sufrieron aquellas desgracias con una resignación ejemplar, siempre dejando ver que es designio del cielo y su deber someterse. Coché Maía, quien se había embarcado en un vapor mercante con su amigo “Pejerrei” a probar suerte, había zarpado a lo largo de Chile y Liverpool, para luego llegar, tras una silenciosa ausencia que hizo sufrir también a su madre, a encarar las calamidades que ocurrieron con su familia. El dolor *une* todavía más lo que queda de la familia, y Coché, con los reales ganados de su travesía, se lleva a su madre y hermana a Magallanes, en compañía de Pejerrei y la madre de este, para dedicarse a atender un comercio.

Ahora bien, es sumamente relevante que a continuación, pasado un periodo de acomodo y ventas en Magallanes, Coché comience a sentir el imperioso llamado de Chiloé: le aqueja la nostalgia. “No aguanto más, mamá, la tierra me tira i basta ya pa paecer soleá” (107) expresa un día a su madre y hermana. Doña Pancha afirma ir adonde él la lleve, y la Maica, Pejerrei y su madre acceden igualmente gustosos de volver. ¿Todos llevaron consigo a Magallanes su poco de nostalgia por la tierra insular, dejándola crecer sin evitarlo? Reafirmo con esto el sentimiento de ligamen profundo con la tierra y el pueblo que esta sostiene, sea cual sea, mientras se esté en Chiloé. Así regresan, pero no a Ancud, sino a un

¹ Un ejemplo muy claro se da en el siguiente fragmento, refiriéndose a la demora que no preocupa sobre el casamiento de la Maica con Pejerrei, porque la “inquebrantable honradez de la Maica era para poner a raya a un ejército de austriacos” (104).

terreno que Coché Maía compra en Viluco, su tierra primera, y retoma los lazos que hubo hecho allí, sobre todo con su tío, quien ve en su sobrino al hermano finado y se contenta de tener tan cerca a la familia: esto es otra prueba de la necesidad del vínculo, de la cercanía que la conciencia de los pesares exige hacerse efectiva. Es la comunión que implica la conciencia macrocósmica.

Vida isleña signa en sus páginas el sello de la fatalidad, tal como se vislumbra desde ya por la mella continua de la misma familia Mella, y fatalidad cuya férula parece dirigir el destino de todos los naturales: el sufrimiento, constituyente fundamental y particularidad de su *mundo* ahistórico, realidad de su terruño que no conciben en otros términos; y cuando el sufrimiento no parece pender todavía de sus cabezas se ocupa la vida en el trabajo necesario para la vida, y el bullicioso jolgorio de sus reuniones por distraer con la música y la *chicha* o aguardiente la susodicha conciencia. Pero existe otro movimiento que también “salva” este fundamento de su resignación: el amor. Al final de la *nouvelle* Pejerrei termina casándose con la Maica, asegurando la progenie con un hijo y evitando con ello una escala de fatalidad. Por su lado, Mañuco se da a la exploración de una veta que quiere explotar para sí solo, si a esto le ayuda la hija de D. Reusindo, de la que está perdidamente enamorado, hecho que a mi parecer, de concretarse un amor, podrá salvarle de la pesadumbre de cargar con sus desgracias y quizá terminar como su padre, dando por supuesto que el narrador no deja gratuitas (como nada) estas últimas líneas dedicadas al amor.

BIBLIOGRAFÍA

Cavada, Darío. *Vida isleña. Novela de costumbres lugareñas*. Valdivia: Imprenta Central, J. Lampert, 1914.

Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1956.

Spengler, Oswald. "El alma de la ciudad". *La decadencia de Occidente*. Tomo II.
Trad. Manuel G. Morente. Madrid: Espasa-Calpe, 1966.